
Esteban Ascencio

**CUAUHTÉMOC
CÁRDENAS**

**El hombre, el político,
el líder**

Editorial



S.A. de C.V.



PRÓLOGO

El ingrediente que puede permitirnos entender lo mismo la biografía individual que la historia del gran conjunto, pero, sobre todo, la interrelación de los eventos colectivos con los fenómenos individuales es, según C. Wright Mills, la imaginación sociológica. De acuerdo con el notable sociólogo norteamericano, toda explicación del fenómeno social digna de ese nombre, debe ser capaz de ligar y discurrir con agilidad entre las grandes estructuras sociales, la multitud de incidentes que conforman el proceso histórico y el individuo concreto, único e irrepetible. Al fijar la atención en este tercer elemento, en el personaje, al recrear su *curriculum vitae* —la “carrera de su vida”—, no necesariamente se estará privilegiando al individuo sobre las acciones y procesos colectivos, al estilo del héroe de Thomas Carlyle, sino que simplemente se está colocando en el gran tablero, a una de las piezas imprescindibles para comprender al todo. Es evidente que la biografía no puede ser la clave de la explicación de la naturaleza de los tiempos, ni siquiera si se trata de personajes del centro de los acontecimientos; sin embargo, sin el acercamiento a esos individuos, cualquier intento de explicación del fenómeno colectivo estaría incompleta.

La importancia que se le otorgue al papel desempeñado por el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano en el proceso de transformación política que ha tenido lugar en los tres últimos lustros del siglo XX mexicano, tiene que depender del enfoque, la distancia, los intereses y prejuicios del observador, pero ningún análisis serio puede intentar comprender bien ese intenso “tiempo mexicano” prescindiendo de las decisiones, acciones y

reacciones de quien fue líder de las organizaciones partidarias de la oposición al régimen, desde el centro-izquierda del espectro político: el Frente Democrático Nacional (FDN) primero, y el Partido de la Revolución Democrática (PRD) después.

Fue a partir del estallido en 1982 de lo que vendría a ser la crisis final del sistema económico construido por la postrevolución, que los procesos electorales mexicanos que hasta ese momento habían carecido de contenido —recuérdese que en la elección presidencial de 1976 donde el candidato oficial era José López Portillo, simplemente no hubo siquiera un competidor simbólico a quien derrotar— empezaría a tener una nueva dimensión. En efecto, en el norte, una región muy afectada por la devaluación del peso que acompañó al inicio de la crisis económica, el Partido Acción Nacional (PAN) dio forma y cauce a una “insurgencia electoral”, especialmente en Chihuahua. Sin embargo, finalmente el mayor desafío al gobierno vendría un poco más tarde, y no surgiría del PAN, sino de las propias filas del partido de Estado, del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y como resultado de una ruptura en la cúpula. Fue entonces y en esas circunstancias, donde la figura de Cuauhtémoc Cárdenas dejó de ser una más de entre el grupo que conformaba la gris “clase política” en el poder, para transformarse en poco tiempo en una de las reconocidas —aunque no necesariamente más aceptadas— entre el público mexicano y cabeza de esa nueva “insurgencia electoral”, que ya no fue un fenómeno nor-teño sino nacional.

Cuauhtémoc Cárdenas, heredó uno de los apellidos políticos más importantes del siglo XX. El ingeniero que trabajó en proyectos públicos, ex senador, ex subsecretario

de agricultura, ex gobernador y, en fin, “miembro distinguido” del partido que llevaba ya 59 años ininterrumpidos de control absoluto del proceso político mexicano, lanzó en 1987 un desafío a ese partido en general y a su jefe nato —el presidente de la República— en particular. El desafío, resultado de una lucha entre los tecnócratas neoliberales, que en ese momento se habían apoderado de las riendas de la pirámide burocrática, y los herederos del “nacionalismo revolucionario”, consistió en demandar que la pluralidad que siempre había existido dentro del partido oficial, pudiera expresarse y reflejarse en la selección de candidatos. Cárdenas y sus compañeros de aventura, querían enfrentar al reducido y bien organizado grupo de tecnócratas, encabezado por el presidente Miguel de la Madrid y Carlos Salinas, con una alternativa basada en lo que quedaba del supuesto compromiso del PRI con la “justicia social” y el nacionalismo.

Pedir democracia interna en uno de los partidos autoritarios más viejos y arraigados en el mundo, era exigir, de manera indirecta, el fin de una de las facultades metaconstitucionales más importantes del presidente mexicano: la de nombrar a su sucesor. En efecto, desde que el presidente Lázaro Cárdenas eliminó al general Plutarco Elías Calles —el “Jefe Máximo”— del escenario político en 1935, uno de los principales instrumentos del presidencialismo mexicano, fue la capacidad del jefe del Poder Ejecutivo para nombrar o dar el visto bueno a quienes serían los candidatos —y seguros ganadores— del partido de Estado, a todos los niveles. Como era de esperar, la maniobra al interior del PRI fracasó rotundamente y los insurgentes —apenas un puñado— fueron humillados, marginados y, finalmente, obligados a abandonar las filas del “partido casi único”.

Fue entonces cuando Cuauhtémoc Cárdenas y el reducido grupo de antiguos dirigentes o “militantes distinguidos” del PRI, entre los que destacaba Porfirio Muñoz Ledo, ex secretario de Estado y presidente del PRI durante la presidencia de Luis Echeverría, volvieron a andar un camino no muy trillado, aunque no nuevo, pero sí muy difícil, que era el de romper con la estructura del poder a la que habían pertenecido, y enfrentarla en un terreno —el electoral— donde todas las ventajas estaban del otro lado. Ese camino lo habían recorrido antes y sin éxito: José Vasconcelos en 1929; Juan Andrew Almazán en 1946, y Miguel Henríquez Guzmán en 1952.

Lo significativo en el caso de Cuauhtémoc Cárdenas, no es que haya militado en un PRI que ya había dejado de ser una institución indefinida, en la práctica que no en el discurso, con los intereses de los grupos mayoritarios; sino que decidiera romper con ese partido, hasta entonces invencible. En efecto, para todo propósito práctico se puede decir, sin exagerar, que Cuauhtémoc Cárdenas nació dentro del partido de Estado, puesto que su padre fue uno de los creadores y moldeadores de esa formidable maquinaria política. Cuando el PRM y luego el PRI se inclinaron hacia la derecha, el joven Cárdenas siguió a su padre en el intento, fallido por cierto, de dar cobijo, vida o impulso, a corrientes de izquierda dentro de esa heterogeneidad que siempre ha sido el partido “casi único”. Muerto el general Cárdenas, su hijo siguió una carrera más o menos ortodoxa dentro de su clase, la “clase política priísta”, hasta que toda la estructura fue sacudida por la crisis del 82 y sus secuelas.

El grueso de esa “clase política” no hizo nada cuando el “nacionalismo revolucionario” fue enviado al “basurero

de la historia”, por el grupo compacto de jóvenes tecnócratas, para empezar a dar paso al México neoliberal: apertura de la economía al exterior y reducción del papel económico del Estado. El ingeniero Cárdenas y quienes le apoyaron en la alternativa, hubieran podido seguir el camino de la mayoría en su condición: mantener la obediencia tradicional al presidente en turno; hundirse en la irrelevancia y administrar en paz lo mucho o poco de la fortuna personal acumulada, pero finalmente, no fue esa la decisión, y eso es lo que resulta importante.

La división producida en la cúpula del poder a partir de la crisis del 82 tuvo dos vertientes. Por un lado, están los empresarios que hasta entonces habían aceptado o apoyado al PRI, pero que ante la sacudida económica decidieron tomar por asalto al PAN para transformarlo, de grupo de presión, en un partido real de derecha. Por el otro, aparecieron Cuauhtémoc Cárdenas y otros ex priístas, que en unión con miembros de la izquierda histórica, dieron forma a una izquierda que también pudo transformarse en una opción, justo en el momento en que la división bipolar del mundo estaba por concluir, y en que la “tercera ola democrática” inundaba las tierras políticas de la América Latina. El proceso de la transición democrática mexicana se inició entonces y, aunque no ha concluido, su impulso ya ha transformado de manera irreversible a lo que es el autoritarismo más prolongado del siglo XX en el mundo: el mexicano.

Las elecciones de 1988 —inequitativas como pocas y coronadas por un fraude mayúsculo e innegable— no llevaron finalmente al poder a Cuauhtémoc Cárdenas, pero sí abrieron una grieta irreparable en el muro de contención que el PRI había creado, desde su nacimiento, para defenderse de la democracia electoral. Mientras el

PAN, como tercera fuerza, pactó una y otra vez con el PRI del presidente Salinas, a cambio de recibir parcelas de poder y ver convertidos en leyes puntos centrales de su apoyo tradicional, el PRD, encabezado por Cárdenas y su partido, contra todo el aparato de Estado encabezado por un presidente con una voluntad patológica de poder, logró algo inédito: la primera ruptura del PRI, misma que se consolidó. En efecto, Vasconcelos, Almazán, Padilla y Henríquez Guzmán, tras su derrota oficial en las urnas, fueron políticamente nulificados por la maquinaria oficial; pero el movimiento encabezado por Cárdenas en 1997, cuando Salinas tenía que vivir en el voluntario exilio, logró que este opositor fuera electo primer Jefe de Gobierno del Distrito Federal.

En su tercera búsqueda de la presidencia, en doce años —la candidatura para el 2000— Cuauhtémoc Cárdenas puede o no tener éxito, pero cualquiera que fuere el resultado de esa votación y por importante que sea en sí misma, no le restará ni añadirá nada fundamental, al importante papel que el personaje ya jugó en la historia política de México del final del siglo XX. La movilización electoral de 1998 y la resistencia exitosa posterior a todas las maniobras de cooptación y destrucción del PRD en general, y de Cuauhtémoc Cárdenas en particular, fueron un elemento decisivo en la liberalización que aún no se consolida pero que sí ha avanzado.

La biografía de un personaje tan hermético como es el ingeniero Cárdenas no es una empresa fácil, pero, de todas maneras ésta contiene claves para entender lo mismo su decisión de desafiar al presidente en 1987, que su estallido político —y éxito— en la dura campaña del 88; su persistencia en no negociar con el autoritarismo salinista; su estilo personal de gobernar el Distrito Fede-

ral, que no fue precisamente el propio del populismo que sus críticos habían pronosticado, sino lo contrario, o su renuncia a formar una gran alianza opositora con el PAN.

La de Cuauhtémoc Cárdenas, como cualquier otra biografía de un líder político, no puede ser definitiva. Cada época verá y juzgará al personaje según los problemas y dilemas de ese momento en particular; pero por mucho que la naturaleza de los tiempos mexicanos cambie, es difícil suponer que no se reconocerá lo decisivo de su papel en la transformación de uno de los sistemas autoritarios más dúctiles y arraigados del siglo XX.

Lorenzo Meyer.